

El teatro que siempre amé

por Ana Diosdado



Rosa Vicente (Ella/Nora) y Juan Carlos de Ibarra (Helmer) en un momento de "¿Qué hizo Nora...?" (Foto: Manuel Martínez).

Cuando Juan Antonio Hormigón me propuso participar en el espectáculo que este año planeaban representar en la Olimpia los directores de escena, como ya viene siendo habitual por parte de la ADE, accedí encantada sin conocer el texto y sin saber exactamente cuál iba a ser mi intervención personal en el mismo. La función y el papel, que se dice. Por supuesto, existía a priori la garantía de que las metas serían importantes y, en cuanto a mí, la fórmula con la que iba a llevarse a cabo todo ello constituía la ilusión de mi vida, difícilmente alcanzable por lo general: ensayar como actriz un buen espectáculo durante el tiempo que sea necesario, y representarlo sólo un día. Luego fueron tres días, -lo cual resultó

mucho más gratificante que uno sólo- y mi participación en los ensayos se quedó por desgracia, en prácticamente nada. "Problemas ajenos a mi voluntad" como dice el tópico, me impidieron acudir regularmente y seguir día a día el proceso de gestación, que suele ser la vivencia más apasionante del hecho teatral. Pero, a pesar de ello, y gracias a la comprensión y paciencia de toda la compañía, con Hormigón a la cabeza, pude al fin formar parte de la ancestral y maravillosa ceremonia, ser uno de sus oficiantes. Y fui muy feliz durante esos tres días. Me reencontré con muchos valores, principios y actitudes que, salvo honrosas excepciones, no acostumbro a ver a mi alrededor. El teatro volvía a ser el teatro que siempre conocí, que siempre amé, el teatro que me

rodeaba en mi infancia y en mi juventud, con su entrega, su responsabilidad, su rigor y su grandeza. Curioso que, exceptuando a Rosa Vicente y a Juan Matute, no se tratara de profesionales de la interpretación. Por eso me parecería absurdo hablar aquí de calidades, genialidades o meros resultados personales -exceptuándolos, insisto, a ellos dos- y sí recalcar que durante aquellos tres días yo me sentía inmersa en algo vibrante, cálido, entusiasta, exaltadoramente vivo, que me devolvía el ánimo en gran parte perdido de no abandonar, de seguir luchando por rescatar el teatro de manos de los aburridos, de los escépticos, de los rutinarios y también de aquellos mercaderes que no tienen tiempo -ni ganas- para charlar sobre la musicalidad del octosílabo barroco, so-

bre la malicia de una réplica sutil, o de la estética estremecedora y poderosamente expresiva de un coro que avanza para crear un clima.

Por todo ello, por el privilegio de haber compartido escena, camerino y confidencias con esa espléndida y verdadera actriz que es Rosa Vicente, por la gratísima compañía de entusiastas jóvenes y menos jóvenes, tanto en el escenario como en los susurrantes y emocionados pasillos, quiero hacer constar desde aquí mi agradecimiento a Juan Antonio Hormigón, y a esa su "Nora", de la que seguimos sin saber qué hizo cuando se marchó, pero cuyo paso misterioso por el Hades nos obligó a reflexionar una vez más sobre el difícil lugar de la mujer en nuestras sociedades.

A propósito del texto, -¿cómo no hacer un comentario al respecto?-, confesaré que mi ángel malo me pinchaba mientras lo representábamos para que robase arteramente la fórmula y la convirtiese en una pieza mas asequible al espectador medio, -¿quién será, por cierto?- pero mi ángel malo jamás me ha vencido llevándome a ese tipo de charranadas. Mi ángel bueno, en cambio, me sugiere desde entonces que convenza a Doménech, a José Ramón Fernández, a Hormigón y a Carlos Rodríguez de que se planteen ellos esa posibilidad. Estoy segura de que esta magnífica "Nora" puesta en pie por Hormigón no va a morir tras sus tres representaciones en la Olimpia, pero será siempre un espectáculo para iniciados, tiene demasiadas claves cerradas, y algunos puntos oscuros. ¿Por qué no darle una hernana menor más extrovertida?... Ya sé, ya sé, qué bien se ven los toros desde la barrera...

Bueno, creo que podría seguir comentando esta estupenda experiencia que me fue dado compartir, durante varios folios más pero apuesto a que tanto María de Zayas como el divino Lope me encontrarían de una pesadez difícilmente soportable incluso en las oscuras y largas veladas del Hades, así que...

... Amigos, gracias.

Travesía al Hades

por Rosa Briones

*Esta es la nave de los locos;
de la locura es el espejo.
Al mirar el retrato oscuro
todos se van reconociendo.
Y al contemplarse, todos salen
que ni somos, ni fuimos cuerdos,
que no debemos tomarnos
por eso que nunca seremos.
No hay un hombre sin una grieta,
y nadie puede pretenderlo;
Nadie está exento de locura
nadie vive del todo cuerdo.*

SEBASTIAN BRANT, 1494

¡Dios!, ¡una barca atravesando el patio de butacas de la Olimpia! ¡están locos!... Claro que, cualquiera que se sume a esta empresa, acción teatral, no parece tener muchas posibilidades de no serlo. Un mes escaso navegando, ensayando contra viento y marea del quehacer cotidiano para, atravesando la laguna Estigia, llegar a la tierra del olvido (nunca mejor dicho). ¡No es para menos!

Al igual que en la remota Narsenschiff (nave de los locos) la tripulación de esta embarcación con nombre de mujer envuelto en interrogante: estudiantes, técnicos, actores, profesores, directores, dramaturgos, usurpaban al recuerdo la locura, el amor que sobre los escenarios del tiempo, depositaran otros seres, nombres propios ya impresos en la historia de la literatura dramática: Pirandello, Espriu, Shakespeare, Brecht, Lope de Vega, Ibsen, Chejov...

Sus palabras ahora, se dibujaban, invadían labios ajenos para hablar sobre «ella», personaje siempre a la zaga de ser comprendido, a veces género del ser humano olvidado, que en esta ocasión se alzaba hasta el centro a ser protagonista del juego dramático que José R. Fernández, Fernando Doménech, J. Antonio Hormigón y Carlos Rodríguez habían creado: un juicio de extrañamiento procedimiento donde «ella» dejaría de ser una para convertirse en múltiples.

«EACO.- Antes había que fijar la condición, este procedimiento no participa de ningún tiempo.»

¿Condición?... Ancestrales gremialistas, cubículos de deseos frustrados, soporte histórico de realidades aparentes ¡Benditas prostitutas!

La carta de navegación da un salto en el tiempo, volvemos a los mitos de la antigua Grecia, la hija del ciego e incestuoso Edipo, Antígona, se halla en el cuadrilátero para enfrentarse a Creonte, aun sabiendo que como tantos otros, su combate está comprado por las fuerzas que todo lo sustentan: la norma, el poder inquebrantablemente impúdico ya tiene claro el resultado ¡qué importa un crimen más en su memoria! Se dice que la historia siempre la escriben los vencedores. A esta especie, la humana, le quedan pocos, apenas supervivientes (perdón, este salto en el tiempo no corresponde a Nora, sino a este siglo de astillada geografía en perpetuo conflicto).

«MINOS.- ¿Por qué inocente? ¿por qué son otros los que mueven su destino?»

La nave no para, el procedimiento continúa: Macbeth, la Vengadora, Santa Juana de los Mataderos... y por fin Nora, jamás un adiós abrió tantas puertas.

«NORA.- Ante todo soy un ser humano...».

Diario de abordo 24 de Noviembre de 1994. Esta peculiar Narsenschiff ve a lo lejos las tablas donde ha de arribar, como una voz esperada se oye sereno el primer «prevenidos». Las luces, la música, el espacio, las imágenes... los compañeros y ellas aguardan en silencio; sin remedio presienten que les toca abandonar la nave sabiendo que lo más rico fue el haberse embarcado en esta experiencia. Abajo, en la bodega, reposan los primeros bocetos, las primeras lecturas, los primeros ensayos, las primeras pruebas, los primeros... Por fin se ha lanzado la pasarela que comunica con tierra. Desde el patio de butacas unos ojos expectantes aguardan.